

Zapatero, tres años

Los atentados del 11-M pusieron a José Luis Rodríguez Zapatero en la presidencia de España. A pesar de sus importantes logros, el descontento hacia su gobierno crece. El presente texto da algunas claves al respecto. **TEXTO: RICARDO CAYUELA GALLY**

La verdadera interrogante que habría que despejar al hablar de los tres años de gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero es cómo un presidente democrático, con una economía en constante crecimiento, que retiró a las tropas españolas de Irak con el apoyo no sólo de sus seguidores y votantes, sino con el aval tácito de la inmensa mayoría de los ciudadanos; que ha logrado reducir la tasa de desempleo por debajo del 10 por ciento; que promulgó una ley para reducir las diferencias entre hombres y mujeres todavía patentes en algunos ámbitos, puede ser odiado por la mitad de los españoles, y tiene que enfrentar un creciente malestar, cuyo reflejo en los medios son las manifestaciones multitudinarias de las últimas semanas, pero que tiene un preocupante correlato en la vida ordinaria de la gente.

Creo que la respuesta tiene una doble lógica. Por una parte, el Partido Popular nunca ha aceptado de verdad su derrota en las elecciones que llevaron al poder a Zapatero. Esto no quiere decir que, a la manera de estas latitudes, objetaran la elección o no reconocieran el triunfo del adversario, pero sí que no era un partido preparado para dejar el poder: gobernaban con mayoría absoluta y encabezaban todas las encuestas. José María Aznar pensó retirarse en olor de santidad cediéndole el bastón de mando a su delfín, Mariano Rajoy, pero los atentados del 11 de marzo de 2004, a tres días de las elecciones, lo modificaron todo. El gobierno trató de inducir -al principio con razonable lógica, al final contra toda evidencia- que el responsable de los atentados había sido ETA y no el integrismo islámico. La información fluyó en



ILUSTRACIÓN: SERGIO BORDÓN

España amaneció con un presidente que no esperaba serlo, preparada para ganar terreno a la derecha desde la oposición, y con un líder que se negaba a serlo.

buena medida porque el gobierno no intentó frenar la investigación policial que, hora tras hora, daba frutos y orientaba la culpabilidad hacia el islamismo radical. Rebasado por estos graves hechos, el Partido Popular fue justamente revocado en las urnas. El PSOE, mientras tanto, violentó la jornada de reflexión previa a la votación, convocó mustiamente manifestaciones ante las sedes del PP y sus medios afines soltaron hilos informativos falsos, como que se había recogido el cadáver de un terrorista suicida en uno de los trenes. Sea como fuere, el PSOE ganó y llevó al poder a Rodríguez Zapatero, que hacía tan sólo dos años había saltado de un oscuro escaño por León al control del partido, sumido en una crisis terrible desde la derrota ante Aznar. Así, España amaneció con un presidente que no esperaba serlo, preparado para ganar terreno a la derecha desde la oposición, y con un líder de la oposición que se negaba a serlo. Se juntaron, esperpénticamente, el hambre con las ganas de poder. Esto explica la oposición a ultranza, sin concesiones y ciega, que ha ejercido el Partido Popular, gritando a cada medida del gobierno "¡que viene el lobo!", pero cuyos efectos lentamente van permeando capas

enteras de la población, llenándola de encono.

Materias delicadas

La segunda razón, más grave aún, y que me hace tener una lectura crítica de Zapatero pese a sus logros económicos y sus avanzadas posturas sociales con las que coincido plenamente, tiene que ver con dos materias delicadas y difíciles. La primera es la forma de tratar el permanente reto de los nacionalismos periféricos, principalmente el catalán, y la segunda la política antiterrorista. En el primer caso, olvidó una regla no escrita de la Transición que afirma que para modificar las reglas del juego institucional en España, amparadas en la Constitución de 1978, es necesario el acuerdo de los dos grandes partidos nacionales. Con una mirada de corto plazo, Zapatero se alió con partidos nacionalistas catalanes para impulsar un nuevo estatuto de autonomía para Cataluña, que ningún ciudadano reclamó, que al final puede poner en riesgo la igualdad de todos los ciudadanos españoles ante la ley, y que además ha tenido un "efecto contagio" en los demás gobiernos regionales, amenazando con vaciar de contenido al gobierno central como tal. El PP ha aprovechado eficaz, y demagógicamente, esta

irresponsabilidad para limar el liderazgo de Zapatero.

En cuanto al trato con ETA, Zapatero creyó en la buena fe de los palafreneros de la banda y rompió de facto el pacto antiterrorista que buscaba la derrota policial de la banda, negaba el paso a las instituciones de su brazo político, Batasuna, y aseguraba que la materia terrorista sería tratada por acuerdo. Zapatero inició un desordenado y ambiguo juego de dobles señales que culminaron con un alto al fuego por parte de ETA. Pero ante el siguiente paso, cumplir algunas de las demandas de la banda para mantener la tregua, se vio forzado por la opinión pública, de nuevo hábilmente alertada, a cerrarse en banda, y ETA respondió con el atentado en Barajas.

Queda esperar las inminentes elecciones municipales y autonómicas. Sabremos entonces hasta dónde ha llegado el desgaste en la Moncloa y las verdaderas posibilidades de la derecha de recuperar algo que no era suyo pero que toda la legislatura ha tratado como si les perteneciera: el poder. •

RICARDO CAYUELLA GALLY

**Ciudad de México, 1969. Es
ensayista y jefe de redacción de
la revista *Letras Libres*.**